



III Promoción Universidad Monteávila

Acto de Grado
26 de julio de 2006

Discurso de Orden
Dr. Joaquín Rodríguez Alonso
Rector

Hemos llegado al final del primer período “sabático” de la Universidad Monteávila. Con este acto de graduación de su III Promoción completamos los primeros siete años de actividades académicas. La imagen bíblica de la creación nos sugiere imitar humildemente la actuación divina de aquel volver la mirada sobre lo hecho para apreciar su calidad. Y quiere este discurso de orden manifestar el agradecimiento sincero y la alabanza merecida a todos quienes han hecho posible la obra realizada y garantizar la continuidad más fiel al proyecto entonces concebido.

Una década de prehistoria

Cuando aquel 4 de octubre de 1999 algunos profesores y directivos madrugamos ansiosos para esperar en los pasillos de la sede de Boleíta Norte la entrada de los primeros alumnos, en aquellas instalaciones que en las semanas previas y hasta el mismo día anterior habían sido rescatadas de un abandono de años y dispuestas -parcial y apresuradamente- para iniciar una labor multiseccular, se inauguraba una etapa que venía precedida por una década de “prehistoria” de la universidad.

Fue hacia finales del decenio 1980-90 cuando unos venezolanos se sintieron especialmente convocados para procurar un aporte singular a la educación superior del país: el entorno inmediato acusaba una profunda crisis institucional y la carencia patética de propuestas rejuvenecedoras para nuestra sociedad, que crecía en tensiones como se haría dramáticamente evidente en los acontecimientos de febrero de 1989 y más aun en los años siguientes. El entorno internacional condensaba sus dispersas características en la emblemática demolición del “muro de Berlín”, que parecía cerrar definitivamente una etapa de la reciente historia humana, pero no ofrecía señales claras sobre cómo sería la que cabría esperar que entonces se iniciara.

En aquellos momentos, el Dr. Enrique Pérez Olivares, cuya vida había conjugado siempre, en un equilibrio sereno, no por ello menos comprometido y activo, la ocupación

en los asuntos del país (que algunos llaman “política”) con el ejercicio de los saberes superiores (que desde hace siglos se viene llamando “universidad”), fue animando a algunos de sus muchos amigos (¿quién no es amigo del Dr. Pérez en este país?) a la “aventura” de recrear la universidad en Venezuela: no como una propuesta exclusivista que pretendiera superar o reemplazar las existentes, antes por el contrario, como una contribución humilde, aunque diferenciada, que se sumara al esfuerzo que entonces se acentuaba sobre la reforma universitaria.

Si alguna novedad había en la propuesta no era otra que rescatar “la idea de vivir a plenitud la comunidad de personas y saberes que busca con afán la verdad” . En torno a esta idea y persona se fueron allegando los pioneros: Gustavo Linares Esteves, Ignacio Rodríguez Iturbe, María Cristina Olivo, Arístides Rengel Romberg, Alicia Álamo Bartolomé, Guillermo Fariñas Contreras, Gustavo Linares Benzo, Belén Ramírez Landaeta, José Rodríguez Iturbe, Roberto Brewer Martínez, Elizabeth Izaguirre Porras, Ricardo Henríquez La Roche, Tulio Espinosa Roncaiolo, Enrique Fernández Escobar, Rodrigo Peraza, Fernando Vizcaya Carrillo, Gabriel Gutiérrez Vera, Antonio Ricoy Céspedes, Fernando Cervigón Marcos, Pbro. Rafael M. de Balbín Behrmann...

El propósito común que los concentraba se animaba por una misma inspiración: habían abrevado todos ellos en la fuente de las enseñanzas de San Josemaría Escrivá, y la pertenencia a la Prelatura del Opus Dei, añadía o acentuaba compromisos, en particular la valoración del trabajo ordinario, la vocación de servicio y la evangelización de la cultura.

De allí que se adoptara el humanismo cristiano como guía de orientación para la reflexión y el quehacer universitario, y que se solicitara la asistencia doctrinal de la Prelatura para el discernimiento moral y la espiritualidad en la vida académica, y que concurriera con generosidad el Vicario Regional en Venezuela Mons. Ítalo Altimari Gásperi en la atención de los asuntos que se elevaban a su consideración. También surgiría de aquí la solicitud de ofrecer la presidencia honoraria del Consejo Superior al Prelado Mons. Javier Echevarría, y suplicar sus oraciones por este proyecto.

Aquellos primeros años fueron una concentración vertiginosa de actividades, donde poca era la diferenciación entre la reflexión filosófica sobre el fundamento de los estudios universitarios, la ponderación de los estilos pedagógicos, la identificación de un terreno o edificación para el inicio de actividades, la constitución de asociaciones civiles y los documentos a ser notariados, la recomendación de potenciales benefactores, y una larga lista de otras actividades. Aquel estado embrionario no daba holguras para distinciones: había que pensarlo todo, a la vez y en conjunto; había que pensar lo inmediato y la tradición y la proyección multiseculares. Se multiplicaban reuniones, en oficinas, en casas, en espacios públicos. Se escribían borradores de trabajo, se circulaban notas, se aconsejaban lecturas. Se visitaban personas en el gobierno, en las empresas, en las instituciones. Se sugerían candidatos para directivos, para profesores, para empleados. Se estudiaba con profundidad, se conversaba con amplitud, se rezaba con intensidad.

A la vuelta de estos años ¡qué admirable resulta la visión de aquellos fundadores! Y la tenacidad de su voluntad, la perseverancia fiel de quien se sabe con una misión y no se arredra ante dificultades reales ni augurios pesimistas.

La iniciativa original de crear un instituto de postgrado que acometiera con profundidad el estudio al más alto nivel de la verdad sobre el hombre, sobre el mundo, sobre Dios, y muy particularmente sobre nuestra realidad cultural, encontró temprana negativa en la aproximación a los organismos competentes para su aprobación. La alternativa era comenzar por los estudios de pregrado, creando una universidad. La tarea presentaba unos requerimientos formales sobradamente especificados. Siguiéron entonces los años de trabajar simultánea y convergentemente la tipicidad de la universidad, que respondiera al anhelo profundo de sus fundadores por la formación integral de la persona, y a la vez la elaboración detallada de los recaudos prescritos por la legislación.

Así se pasó desde una reducida oficina en la Torre Europa a la quinta Joselín en la Urbanización La Floresta, algo más amplia, aunque también más antigua. Se promovieron entonces conferencias temáticas, invitando distinguidos profesores de otras universidades y diversas personalidades de todos los ámbitos, para acercar la reflexión sobre la actualidad de las ciencias y la cultura, y tomar ocasión de ello para proyectar el servicio de la universidad. Y desde allí se comenzaron a cultivar las relaciones personales en los organismos oficiales que supervisaban el sistema educativo y con quienes dirigían iniciativas similares. Y así se fueron preparando los programas académicos de cuatro Facultades, que atendiendo a la proyección de su impacto en la sociedad, la demanda de futuros profesionales y un estimado de las posibilidades reales para su desarrollo, se seleccionaron para el inicio de la universidad: Ciencias de la Educación, Ciencias de la Comunicación e Información, Ciencias Jurídicas y Políticas, y Ciencias Económicas y Administrativas.

Surgió entonces la conveniencia de estructurar equipos de trabajo para acometer la tarea concreta de la elaboración de estos documentos, que además de dar razón suficiente de la necesidad de cada una de las carreras a proponer, y encuadrarlas en el marco conceptual propio de la universidad, elaborara con suficiente detalle los programas de asignaturas, sus contenidos y biblio-grafía. Allí se integraron, con la naturalidad propia de un crecimiento orgánico, Tatiana Aguilera Franceschi, María Eugenia Peña de Arias, Alexandra Ranzolín de Marius, Jesús Alberto Ortega, Ernesto Fronjosa, Carlos Augusto Casanova, Gonzalo Rodríguez Matos, Résmil Chacón Santana, M. Lourdes Acedo de Bueno, Irene Maggi de Urosa, Leopoldo Ayala Lafée, Giovanna Niccolicchia de Mota, Jimena Leizaola Fernández de Caleyá. A ellos correspondió también animar a otros a la preparación de programas específicos de asignaturas, ocasión ideal para sembrar en ellos la ilusión por la futura docencia y plantearles así el alcance y naturaleza de este proyecto educativo.

Entre las audaces iniciativas de aquel período destacan la formación de doctorado en universidades del exterior de algunos potenciales profesores, entre ellos Alfredo Gorrochotegui Martell, Lucía Graterón de Gorrochotegui, Giselle López Luzardo, y también de algunos que acometieron el reto de estudiar una segunda carrera, como

Antonio Ricoy Céspedes y Gabriel Gutiérrez Vera, para así servir mejor a las necesidades institucionales.

Aquel período resultó particularmente fecundo en dos coordenadas esenciales para la identificación de la universidad: el Dr. Fernando Cervigón Marcos, Premio Nacional de Ciencia, Doctor en Ciencias Biológicas, hombre de peces y pescadores, la autoridad en la cuenca del Caribe, había sido también un apasionado estudioso de la singularidad de la cultura iberoamericana, que se había aproximado a las más variadas de sus expresiones como el pensamiento, la literatura, el cine, la arquitectura, la música, se esmeró desde entonces con particular empeño en perfilar para la universidad el enraizamiento consciente con esta tradición, desde el perfil antropológico de los componentes de este mestizaje triétnico, la pedagogía misionera, el arte colonial, la armonía entre la literatura y la historia, hasta el pensamiento americanista en Alfonso Reyes o en Pedro Henríquez Ureña. De aquí ha nacido el Centro de Estudios de Iberoamérica, que ya ha realizado dos Congresos Internacionales, preparado varias publicaciones, definido líneas de investigación y hecho acopio de un importante acervo documental, además de estrechar relaciones con colaboradores en toda la región.

Por su parte, el Pbro. Dr. Rafael M. De Balbín, Doctor en Filosofía y Doctor en Derecho, mente ordenada y verbo minuciosamente oportuno, amplio y seguro conocedor de la vida del intelecto, alcanzó a perfilar las características esenciales de la universidad y una estructurada relación de planos de conocimiento, como una guía segura para avanzar en la aproximación sostenida a todas las ciencias, con un abundantísimo apoyo bibliográfico, que abre horizontes amplios para toda una vida académica. De allí surgió la conveniencia del Centro de Altos Estudios, que desde entonces dirige, como faro que orienta y custodia los estudios y los contenidos académicos.

Fue esta también la etapa de la necesaria ordenación jurídica, bajo la guía prudente del Dr. Pérez Olivares, con la constitución de la Asociación para la Promoción de la Educación Superior (APRODES) y posteriormente la Asociación para el Desarrollo de la Universidad Monteávila; ambas de naturaleza civil, sin fines de lucro, cuya estructura y funciones custodiaban anticipadamente el porvenir de la institución. Y el acompañamiento, siempre fiel y competente del Dr. Gustavo Linares Esteves, que en labores de secretario, se prodigaba en la anotación de acontecimientos, en la promoción de iniciativas, y en la conversación amable para ganar voluntades para la universidad.

La compleción de los programas académicos y su introducción ante el Consejo Nacional de Universidades, hacia 1994-95, conllevaba una etapa de espera forzosa, no por ello inactiva. Con decidida audacia se procedió a invitar a potenciales profesores y directivos, y estructurar cursos académicos para su continuada formación e internalización de la naturaleza de esta universidad. Etapa fecunda en la profundización del proyecto, en el trato de amigos, en la promoción de la ilusión del trabajo que la universidad habría de acometer. A la vez, ocasión de multiplicar explicaciones, también de corregir y replantear: algunos programas recibieron observaciones, incluso desaprobaciones, y hubo que rehacer, sin mella en el ánimo, ajustar criterios, estudiar de nuevo. Y se hizo con la

entereza de no descalificar al crítico sino de acoger todo lo que de bueno podía hallarse en sus observaciones y hacerlas propias.

Llegamos así al año de 1998, inaugurado proféticamente con aquel impactante discurso de Luis Castro Leiva en el entonces Congreso de la República con ocasión de la memoria del 23 de enero, presagiando el cambio inminente y radical en el destino del país que comenzaría a hacerse realidad con las elecciones de diciembre de aquel año. En contraste, la iluminadora propuesta de la encíclica de Juan Pablo II, *Fides et ratio*, publicada en septiembre, abría un horizonte inédito a las capacidades humanas, sin dejar de alertar sobre el peligro actual, quizás terminal, del proyecto que Dios tiene para el hombre. En ese marco, se publicó el decreto de creación de la Universidad Monteávila, en la fecha de grata memoria del 2 de octubre de 1998, tal como acompaña, estampada, nuestro escudo.

El nacimiento “oficial” de la universidad trajo consigo la formalización temida e inevitable. Entre ellas la designación firme de autoridades, que hasta entonces se había ejercido en un difuso y rotativo ámbito de titularidad. Así, concurriría la designación del Dr. Fernando Cervigón como Presidente del Consejo Superior y el Med. José Antonio Gámez como Secretario, quienes junto a los otros miembros inauguraron un quehacer directivo inusual en la academia venezolana: estar cada uno eficazmente presente en el todo de la universidad, con autoridad responsable, por lo tanto decidida. Y el Dr. Pérez Olivares fue designado Rector, para no dejar de serlo nunca jamás, pues él es el molde de este oficio en que habrán de fundirse quienes le sucedan, pues solo eso cabe ya que substituirle es imposible. Le acompañaron el MBA. Winston Peraza Galindo en el Vicerrectorado Administrativo y el Ing. Marcos Marín Marcano en la Secretaría General: hombres de larga y valiosa trayectoria en la industria petrolera, infatigables, animosos, competentes, líderes dispuestos a apreciar oportunidades en cada dificultad ¡y se encontraron con tantas dificultades! Y además los Decanos y Secretarios de Facultad, los Directores de Escuela, los Coordinadores Académicos... los cargos se multiplicaron, por aparente generación espontánea, mucho más rápido que las personas, y así no quedó más remedio que algunos ocuparan varios. Pero entre todos, la Lic. Carmen Reyes de Torres, omnipresente y jovial, como Coordinadora de Servicios, tenía a su cargo “todo lo demás”.

Ya existía la universidad: solo faltaban los estudiantes y la sede. Se inauguró entonces la necesaria relación con los liceos: visitas personales para dar a conocer a los potenciales alumnos la universidad y sus programas, su pedagogía personalizada, su aspiración a la excelencia académica, la calidad de sus profesores, la preparación profesional elevada por una formación integral que cultivaría las virtudes más nobles: pero teniendo que eludir la pregunta pertinazmente elemental: ¿dónde estaba esa maravilla? La propuesta original de unos “terrenos en El Hatillo” -que desde entonces se quedó grabada en el imaginario colectivo de la universidad- se hacía irrealizable a la vuelta de más de cinco años de espera; una solución alternativa de un edificio, algo antiguo, en Los Chorros se escapó un par de días antes de la firma del contrato. Mientras tanto unos doscientos “casi-bachilleres”, intrépidos y desenfadados, se habían atrevido a preinscribirse en el primer trimestre de 1999, mientras en la Quinta Joselín se completaban programas de asignaturas, formularios, contratos, actas de Consejos Universitarios, y un Reglamento de

Alumnos... que no existían. Y los que no lo eran todavía, insistían en preguntar “¿dónde estaba la sede?”. Como en tantas otras circunstancias, la iniciativa del Dr. Pérez y el concurso de algunos de sus muchos amigos, daría con la solución. Así llegamos, a último momento, a la sede de Boleíta Norte: y aunque en medio de la angustia precedente a nosotros se nos antojaba la “tierra prometida”, ciertamente no manaba “leche y miel”, sino que las paredes y techos rezumaban humedades rancias, encubiertas de hongos, y era tal que decidimos no tomar fotografías para la promoción, sino pedirle al pintor Eric Feely que recreara en unas acuarelas una vista más amable y colorida de nuestra futura “casa de estudios” y dejar como imágenes reales solamente las de nuestro Ávila, imponente y custodio.

He querido sugerir -quizás con poco acierto- que los años de preparación fueron intensos, bien pensados, difíciles, hasta angustiosos. La labor de fundamento que entonces se llevó a cabo -y que no se ha terminado aún- ofrece la garantía del trabajo bien hecho y la ilusión del buen querer. Por su parte, estos siete años recientes de actividades académicas, con la incorporación de los alumnos y la dinámica propia de la docencia, conjuntamente con el roturado de otras dimensiones de la universidad como la extensión, el servicio comunitario, la investigación, la infraestructura y dotación, la administración y finanzas, la gestión de personal y otras, ha venido acercando a la realidad las propuestas de aquella etapa fundacional.

Siete años de creación

La apertura del primer año académico 1999-2000, cerrando el segundo milenio, iniciada con la ilusión de todo estreno y marcada por el hito de la lección inaugural “Una visión de la Universidad” en la que el Dr. Pérez Olivares plasmó nuestro ideario con vuelos visionarios y poéticos, a la mejor usanza del maestro Andrés Bello en ocasión análoga, se vio tempranamente sacudida por dos realidades que no dejaron holgura a la ensoñación: el final del proceso constituyente que redefinía las nuevas bases de nuestra configuración republicana y la “tragedia de Vargas”, aquellas sorpresivas inundaciones y deslaves que dejaron miles de muertos e incontables damnificados. No tuvimos tiempo de preparar el voluntariado universitario, pues no había transcurrido el primer trimestre cuando la realidad nos lo reclamó sin previo aviso. Aquellos alumnos que se habían decidido por una universidad sin sede, aquella juventud de un país que empezaba a ser otro hasta en el nombre, recuerdan hoy aquellas tardes con los damnificados en Fuerte Tiuna, de manera ejemplar al Dr. Pérez Olivares pateando una pelota de fútbol con chiquillos de unos diez años.

Desde entonces hemos ido procurando el acercamiento posible con los más necesitados, no porque sea función propia de la universidad, sino porque es de toda necesidad disponer y cultivar en el ánimo de todo espíritu cristiano, o simplemente humano, la entrega privilegiada a quienes no tienen para corresponder sino solo su agradecimiento, y a veces -sumidos en una biografía de violencia, maltrato, odio y resentimiento- ni siquiera eso. Así, meses más tarde iniciaríamos una modesta labor en el cercano Barrio La Lucha, y unos años después, en el apartado Caserío de San Andrés, pudimos consolidar el voluntariado “Entre Todos”, que con su asistencia de acompañamiento,

ayuda y procura de soluciones a las necesidades de niños, enfermos, desasistidos y ancianos, ha encendido el fuego de la caridad en quienes libremente van descubriendo que en ella hunde sus raíces la felicidad verdadera. Aunque el aporte sea siempre más limitado que el deseo, confiamos en el compromiso personal incoado en cada estudiante, para que en su vida profesional y social, testimonien oportunamente esa solidaridad con quienes más lo necesitan.

Junto a aquellos primeros 81 alumnos que pusieron en la universidad una confianza extraordinaria, que siempre agradeceremos, y con los que después fueron llegando, hemos ido descubriendo la misión básica de la universidad: enseñar a leer y escribir. Algunos objetarán que esto parece ser más propio de la educación básica y media que de la enseñanza superior: desafortunadamente se parece “demasiado”. Y es que nuestro sistema educativo, como el de otros muchos países, no está formando con el aprovechamiento que corresponde a las capacidades de nuestros hijos según su edad: no es culpa de ellos -al menos no en sus principios- sino de la perversión de una masificación que no ha sabido acompañar la deseable y necesaria universalización de la educación primaria y secundaria con los medios adecuados, minusvalorando hasta el extremo el oficio de maestro, desmotivando el inicio de tantas vocaciones que de otra forma abundarían por su nobleza y necesidad, multiplicando los practicantes del oficio pero desconociendo el consejo que “para llegar a más hay que ser mejores”, introduciendo caóticamente metodologías de dudosa aplicación, cuando no claramente inferiores a las que la tradición de siglos ha cultivado, reduciendo la tarea a multiplicar información en detrimento de la formación. No nos hemos quedado en la queja, y aunque alguna vez escuchamos con resabio que “la universidad parece un colegio”, hemos optado por complementar, y aun rehacer, lo que se da falsamente por supuesto, hemos querido acompañar en la dificultad en lugar de abandonar el alumno a su esfuerzo solitario, hemos querido iniciar una reconstrucción posible allí donde no hemos hallado una construcción sólida; no pensamos estar comprometiendo el proceso de maduración por aplicar los correctivos que una disciplina escolar favorece, pero aun así de convencidos, respetamos las opiniones contrarias.

Junto a ellos, también hemos descubierto la vida de la universidad, esa amistad cordial, generosa y agradecida, apasionada y sincera, que se concreta en los labios que pronuncian el nombre de pila -y aun el apodo- con el que se saluda en los pasillos, se interpela en el aula, o se llama por teléfono; en la mirada que busca el encuentro, en el estrechar de manos que lo alcanza, en el abrazo y aun en el roce de mejillas al impulso ocasional en que la confianza supera por un momento al respeto. Las aulas, los pasillos, el cafetín y todos los espacios se han ido llenando de su alegría -entretejida a veces con sus angustias y alguna que otra tristeza (especialmente ante las carteleras con las calificaciones)-, de sus afanes y prisas a veces cansados por los trasnochos de diversión, de sus voces bulliciosas en las que sobresalen a veces expresiones indebidas, y de sus gustos diversos por el modo de vestir, en los que no faltan tampoco apariencias deslucidas y otras agresivamente inconvenientes: ciertamente, no son ángeles caídos del cielo, sino “hijos de su tiempo”. No renunciamos -nunca lo haremos- a la corrección oportuna, por la que sufrimos anticipadamente, pero siempre en el acogimiento pleno de la persona, respetando no la diversidad en sí misma que se afirma solo en la diferencia,

aun hasta el extremo, sino en la comprensión que nace del saber que el Creador les ha querido a cada uno libres y responsables, y que invitados al mismo destino, cada cual tiene su camino, pero no todos conducen a él.

Los 88 graduandos de esta tercera promoción completarán el mnemotécnico número de 222 graduados hasta la fecha. Ellos son la universidad en el país y en el mundo. Su presencia en la sociedad es la más fecunda y perdurable labor comunitaria: para ella vive la universidad, y aunque medie la responsabilidad personal, por ella ha de ser juzgada su labor. Son ellos quienes con la impronta acunada por el “alma mater” dan razón de su pertinencia social, por eso no reducimos el alcance formativo a la preparación profesional sino al cultivo de todas las dimensiones de su persona y a la integración de las mismas, pues con todas ellas se vivificará esa presencia suya. Por ello nos hemos sentido muy satisfechos de su mayoritaria inserción en el ámbito laboral, de sus éxitos primeros en algunos programas de postgrado, y también del inicio feliz de algunos compromisos familiares, sin dejar de mencionar la particular alegría porque unos pocos hayan querido iniciar una carrera académica en ésta, su universidad. Es ciertamente muy temprano para la evaluación, pero sería desconsiderado no tener por buenas estas primeras señales que evidencian la adecuación de nuestros egresados a las necesidades del país y de sus familias.

Ellos han ido por delante entre algo más de 1000 estudiantes que ya han pasado por las aulas de esta universidad, de unos casi 4000 que se han preinscrito, y con cada uno de los cuales hemos sostenido al menos una conversación personal para presentarles la universidad y conocer su interés en ella: la sola referencia de esta cifra evoca el necesario agradecimiento y muy merecido a todas las personas que bajo la coordinación del Comité de Admisión de Alumnos, se han dedicado generosamente a entrevistar a estos miles de “desconocidos”, con la firme esperanza de que un rato de conversación les descubriera horizontes de bien y se motivaran a transitarlos en la universidad: con los que respondieron positivamente se han multiplicado esos encuentros. Y de modo especial con los que no han perseverado: nos desconcierta todavía una deserción cercana al 30% a pesar de los esfuerzos de un trato personalizado.

Todos ellos han venido con sus familias. Las hemos acogido porque las esperábamos, pues entendemos que la universidad es apenas complemento de la formación que esta juventud recibe en sus ambientes familiares. Nos hemos sensibilizado con sus problemas, que son muchos. Nos encontramos muy frecuentemente con familias desunidas, a veces de trágicas separaciones. Hemos respetado y acompañado. Nos hemos reunido en innumerables ocasiones para tratar juntos las dificultades de sus hijos, hemos tenido que advertir de los riesgos de una carencia de hábitos intelectuales, y hemos atacados juntos distintos problemas que dificultan la formación universitaria. Nuestro vicerrectorado administrativo, de modo muy especial el M. Sc. José Rafael Suárez Orta, se ha prodigado en centenares de reuniones para atender las dificultades económicas, para las que siempre se han encontrado soluciones: nadie se ha privado de estudiar en la Universidad Monteávila por este motivo. Lo testimonia ese programa de becas y créditos que ha mantenido –al menos– un 20% de los estudiantes exonerados total o parcialmente del pago de matrículas.

La universidad ha sido en este tiempo eminentemente docente. Unos 300 profesores han venido a compartir, no solo su saber sino su vida. Casi todos han llegado por una referencia personal, de amigo que sugiere al amigo el bien conocido por cuenta propia, animándoles a interesarse por esta academia; con todos se ha conversado abundantemente en entrevistas previas, en acompañamiento constante y amigable, siempre libre pero nunca desatento. En ello ha resultado ejemplar la dedicación del Med. José A. Gámez Escalona y la M. Sc. Jimena Leizaola Fernández de Caleyá, quienes se han prodigado en sostener una atención constante con todos los candidatos y profesores. Juntos, hemos escrito programas de asignaturas, revisado bibliografía, compartido estrategias pedagógicas, y sobre todo hemos conversado de los alumnos, de cada uno. Y hemos hablado de ellos mismos. A todos le hemos animado a ser mejores, y a descubrir en la Universidad Monteávila, el ambiente, la comunidad, en la que pueden andar una buena parte del camino que conduce a su plenitud personal, a su felicidad. Con todos hemos compartido que la formación que buscamos no se reduce a la transmisión de contenidos, ni aun cuando la exposición venga animada jovial y apasionadamente, sino que se requiere entregarse uno mismo, como ejemplo y como artífice de lo que se enseña, con base en una conducta virtuosa.

Y ¡qué bien lo han hecho!, ¡qué orgullosos estamos de nuestros profesores!, ¡con cuánta generosidad se han entregado a esta tarea!, ¡qué agradecidos estamos para con todos ellos!. Damos gracias continuamente por el milagro ordinario -que no por ello es menos milagro- del advenimiento sostenido de profesores y de su integración a la universidad: cuando comenzaron las actividades académicas, se contaba con una generosa previsión de profesores comprometidos con el proyecto, pero pronto se hizo insuficiente, y hemos venido a depender de la realidad que muestra la universidad para atraer a los que hacen falta. Y no es que hagan falta para dictar una asignatura específica, un seminario o dirigir un proyecto particular; no son esas las razones por las que los buscamos y esperamos -si acaso una excusa ocasional- sino para contribuir enteramente a construir la universidad, a darse y vivir de ella, aunque su dedicación no pueda ser sino parcial. Por ello abundamos en compartir todos los aspectos de su vida y los de la universidad. Por eso nos alegramos tanto cuando alguno se decide a acompañarnos. Y, también por ello ¡cuánto lamentamos que algunos se nos hayan ido: como nuestra entrañable Rocío de Cardoso, y nuestro querido Ángel Carrasquero, quienes partieron a la patria del cielo, desde donde estamos seguros de que siguen velando, con su carisma docente, por esta universidad!; otros se nos han ido, temporalmente, a patrias cercanas, apartados por la fuerza de la sinrazón, como el añorado José Rodríguez Iturbe; los más, como resultado de circunstancias personales en un país que cambia imprevisiblemente.

Para ellos -para nosotros, pues todo el personal directivo es también docente- hemos dispuesto lo mejor de nuestra actividad, la más amplia oferta de cursos trimestrales, intensivos, jornadas semestrales, diplomados, cursos profesionales, conferencias, videoforos, seminarios: más de 200 actividades de formación, la mayoría con dedicaciones superiores a las 20 horas académicas, que han abarcado la Filosofía, la Historia, la Política, la Teología, las Ciencias Experimentales, la Cultura, la Antropología, la Religión, el Teatro, el Cine, la Economía, la Ética, la Literatura, y un

sinfín de temas, entre los cuales no se puede dejar de resaltar la más reciente: la enseñanza del griego clásico, agradecidos como estamos a la generosidad con que el ilustre académico venezolano, cultivador perseverante de las humanidades, Dr. Blas Bruni Celli, ha venido a roturar la tierra y sembrar la semilla siempre fecunda de los estudios clásicos, fundamento irrenunciable de nuestra civilización.

Hemos privilegiado toda esta formación para los profesores, conscientes -desde el comienzo- de que la formación integral que procuramos para nuestros alumnos solo puede hacerse eficaz si es vida en sus profesores. No nos hemos encontrado preparados para la tarea, y aunque otras opciones eran posibles, decidimos acometerla simultáneamente: formarnos mientras formábamos. No ha sido un postulado pragmático, ni una claudicación relativista; ha sido sencillamente lo posible con la firme esperanza de superarlo en el crecimiento de la universidad. A su vez, hemos abierto todas estas actividades de formación a quienes, sin ser profesores de la universidad, tuvieran interés por ellas. Así, de un modo cordial y ameno, nos hemos reunido a diario para aprender juntos, unos de otros, con la ilusión de “aprender solo por alcanzar a saber”. De modo ejemplar cabría destacar la dedicación extraordinaria de los profesores Fernando Vizcaya, Patricio González, Pbro. Rafael de Balbín, Pbro. José M. Félix, Gustavo Linares, Fernando Cervigón y Paúl Leizaola, que han dirigido muchos de estos cursos.

Ha habido un crecimiento ostensible en las actividades de extensión: los primeros dos años evidenciaron la timidez en la proyección externa, propia de la reducida dimensión y de la necesidad de crecer hacia adentro; pero tempranamente se manifestó el interés por acercar la universidad y atraer hacia ella a los demás sectores de la sociedad con quienes compartimos la convivencia cívica: organizaciones, empresas, instituciones, comunidades, profesionales, y público en general. Así se iniciaron actividades formativas a través de conferencias, foros, seminarios, jornadas, cursos de extensión. Algunos de ellos, como las Jornadas de Derecho Público, han creado tradición sostenida alcanzando la sexta edición anual; algunas han rebosado la capacidad del auditorio, las más se mantienen discretamente en sus límites, combinando la exigencia académica con un ambiente agradable, donde con frecuencia los participantes valoran en mucho las ocasiones de los refrigerios, servidos con discreta finura y calidad, para animar el trato cordial y aliviar de los esfuerzos especulativos.

Han sido más de 500 actividades a las que han concurrido unas 10000 personas. Aquí el agradecimiento, aunque totalmente merecido, se haría excesivamente prolijo para presentar la admirable contribución de centenares de conferencistas, ponentes, panelistas, y promotores, de las más diversas disciplinas y cargos (rectores, magistrados, filósofos, médicos, científicos, profesores universitarios, investigadores, poetas, novelistas, críticos de las artes, empresarios, hombres de negocios, maestros, economistas, músicos, abogados, políticos, deportistas, periodistas, publicistas, diseñadores), incluyendo una importante participación de invitados internacionales, que han aceptado nuestra invitación y que han tomado ocasión de sus encuentros, a veces muy breves, para apreciar la naturaleza y alcance de la universidad: su participación encontrará mención oportuna en otros documentos, pero aquí no dejamos de anotar el valor que ha tenido recibir, a

través de ellos, la actualidad del acontecer en las más diversas áreas, madurada por sus reflexiones particulares.

En todo ello ha resultado espectacular la participación de los alumnos, pues con frecuencia son ellos los motivadores, planificadores y ejecutores de los programas, y su creatividad y animosidad no conoce fronteras desde la elaboración de la imagen publicitaria del evento hasta la misma procura del financiamiento, y de modo particularmente grácil y amable las actividades de protocolo. Progresivamente nuestro Comité de Desarrollo y Promoción Institucional ha ido profesionalizando los distintos aspectos organizativos, cuidando esmeradamente la presentación oportuna de anuncios y la elaboración de documentos.

Ha resultado particularmente encomiable en esta área, la creciente actividad del Centro de Desarrollo Ejecutivo, que viene construyendo relaciones estables con empresas y organizaciones para promover en ellas el desarrollo humano de su personal, en una concepción integradora del trabajo y de la felicidad. Así, han desarrollado programas específicamente adaptados a los requerimientos de empresas e instituciones como el Banco de Venezuela, McDonald's, Inelectra, Sudeban, Laboratorios Elmor, Monaca, Policlínica Metropolitana, Hospital Ortopédico Infantil, Pfizer y otros que han encontrado en nosotros un aliado para potenciar su crecimiento, la formación de su personal y la calidad de sus servicios.

Hemos podido iniciar algunas publicaciones, en particular la Revista Derecho y Sociedad, impulsada tempranamente por los alumnos de Derecho de la primera promoción en su segundo año de carrera, con el entusiasmo propio y la colaboración generosa de sus profesores; lecciones inaugurales, colecciones de ensayos, una selección de piezas teatrales de la Arq. y Lic. Alicia Álamo, escritas específicamente en el ambiente de nuestra universidad, y ese cordial ensayo del Dr. Rafael Tomás Caldera sobre significaciones trascendentales de "El Principito", entre otras.

Hemos sumado algunas actividades de promoción a la diaria gestión por la que queremos ser apreciados propiamente, así se han incluido conciertos como los de Serenata Guayanesa, Huáscar Barradas, Voz veis en el Teatro Teresa Carreño, y más recientemente también Huáscar Barradas en el Eurobuilding, y algunos otros en nuestro modesto auditorio; presentaciones de películas cinematográficas, y una significativa participación en los medios de comunicación, particularmente con anuncios de prensa y promociones en radio y televisión, y más recientemente la inserción en medios digitales, destacando la propia página web que se ha ido convirtiendo en fuente actualizada de nuestras actividades y anuncios. También en esto hemos querido tratar con esmero la elaboración de invitaciones, volantes, folletería, afiches, animaciones: son profesores trabajando con sus alumnos que han mostrado un rico talento para sostener el ritmo de los eventos multiplicando imágenes sugerentes para incidir positivamente en el interés de los públicos a los que están destinados.

Hemos estado adecuando unas instalaciones, que recibimos sin uso reciente, y que hemos ido convirtiendo en referencia ejemplar de casa de estudios superiores, dotando sus

espacios para una tarea noble, por ello nos hemos esmerado en el mantenimiento y ornato así como en el mobiliario y los materiales dignos: aún queda mucho por hacer, pero han resultado emblemáticos esos escritorios, donde la nobleza de la madera se acrecienta por el servicio que prestan. Hemos ido expandiendo las instalaciones y servicios al ritmo de crecimiento: ciertamente no hemos podido descansar en holguras anticipadas, pero tampoco hemos mantenido insuficiencias, y nos hemos puesto siempre por delante de las necesidades, incluso en el preocupante espacio de estacionamiento, en el que hemos podido incorporar soluciones creativas donde el terreno no da más de sí. Y hemos podido preservar unos espacios verdes de la voracidad vehicular, entreteniéndonos cariñosamente en el cultivo de bromelias, a las sombras -algo amenazantes- de los mangos, dejando que el Ávila se nos adentre hasta la puerta misma de entrada. Y hemos animado los pasillos con exposiciones varias, cuando no con una muestra artística de fondo -ciertamente no de mucho valor- pero inspiradora para la vida académica. Y sobre todo, nos hemos empeñado en conservar la limpieza y el buen gusto, que invita al trato amable, al que se extiende en una continuidad tranquila, apenas imperceptible pero eficaz. ¿Cómo no agradecer aquí ese trabajo cotidiano, ejemplo del buen hacer, fundamento -el más sólido- de nuestra convivencia, de nuestros trabajadores, desde el recordado Sr. Casimiro, hasta el omnipresente y siempre jovial Sr. Sergio, y los habilidosos Srs. Ciro, Fernando, José, y las siempre serviciales Sras. Sol María y Yuleidí? Más ardua aun ha resultado la gestión administrativa y quizás no resultara elegante su referencia en un discurso de grado, pero no hacerlo sería ignorar el esfuerzo tenaz, a veces amargo, que se diluye en una sonrisa heroica, de quienes han sostenido la tensión del negativo balance de ingresos y egresos, pidiendo disculpas personales en las inevitables demoras de pagos y acogiendo con serenidad los retrasos, con frecuencia injustificados, en los pagos de las deudas contraídas. También allí se ha estado haciendo la universidad con su propiedad de estilo, y el M. Sc. José Rafael Suárez, junto con la Srta. Adriana Figuera, y las Sras. Silvia Quilen y Sandra Barbosa, han sostenido con firmeza el orden siempre precario de lo económico en una institución de esta naturaleza, la discreción en el trato personalizado, y la eficiencia en los abrumadores procesos administrativos.

Nos sentimos no solo agradecidos sino muy orgullosos de haber recibido en donación la biblioteca del destacado jurista Dr. Pedro José Dib Espejo, con unos 8000 ejemplares, y la colección integra del ilustre académico Dr. Tomás Polanco Alcántara, con sus más de 15.000 ejemplares, incluyendo algunos incunables, que constituye sin duda uno de los acervos documentales más valiosos del país. Recientemente hemos podido acondicionar un área generosa en espacio, en las instalaciones adicionales arrendadas el presente año, que permitirán ordenar los más de 40.000 volúmenes disponibles gracias a donaciones como éstas.

Sin embargo hemos privilegiado nuestro mejor espacio para ese pequeño oratorio, corazón de la universidad en la presencia del Señor, que esclavo en esa cárcel de amor, nos espera siempre, nos acoge siempre, nos atiende siempre, nos reconforta siempre, nos anima siempre. ¡Cuánto fruto no ha rendido -aunque lo más granado de él permanezca oculto a nuestros ojos- el acuerdo con la Prelatura del Opus Dei, al confiarle el discernimiento moral y la dirección espiritual de nuestras actividades, en la capellanía

universitaria! Con la libertad que Dios ha querido para todos los hombres son tantos -las estadísticas de poco sirven en esto- los que se han acercado a la conversación entrañable con los capellanes (Balbín, Duque, Pantin, Linares y algunos otros) y de allí, cuando el Espíritu lo ha dispuesto, al humanísimo y divino sacramento de la confesión. Además, una discreta pero permanente catequesis ya ha conducido a confirmaciones y aun bautismo de adultos. Aquí, necesario es agradecer a las vecinas Hermanas de la Caridad del Buen Pastor, que generosamente han dispuesto la adyacente Iglesia de S. Eufrasia, para la celebración diaria del santo sacrificio de la Misa, así como para las ocasiones especiales, de la Misa Votiva al Espíritu Santo, con la que iniciamos cada período académico, y la Santa Misa de Bendición de anillos y medallas, como parte de los actos de graduación, y para las que hemos contado con la generosa participación de los Obispos del país.

Este boceto impresionista de “brocha gorda” sobre las actividades de estos siete años, quedaría incompleto si no hiciéramos referencia a lo mucho que otros han hecho por nosotros. Aunque no podamos extendernos en la debida relación, nuestro agradecimiento primero es para las universidades, muy especialmente la Universidad Central de Venezuela, que nos han acogido con la protección de una hermana mayor, nos han enseñado, nos han mostrado el camino, nos han instruido en los procedimientos, nos han permitido compartir sus afanes: ya hemos realizado eventos conjuntos, suscrito convenios, y sobre todo, hemos compartido abundantemente nuestras esperanzas e inquietudes mutuas; y este acogimiento se ha extendido también a universidades de otros países, lo cual nos anima grandemente. Particularmente enriquecedor ha resultado la estrecha relación que nos hemos procurado y en la que nos han admitido acogedoramente los diversos Núcleos del Consejo Nacional de Universidades, en la que tanto hemos aprendido, y en los que hemos contribuido, de modo especial con la participación del Dr. Pérez Olivares, en el máximo cuerpo de la educación superior, donde al decir de algunos, era la referencia autorizada de ministro “al otro lado de la mesa”.

También hemos recibido un apoyo especial en el sector oficial, donde hemos encontrado gente buena, colaboradora, esmerada en el servicio, comprometida por la educación de nuestro pueblo. Así el Ministerio de Educación de Superior nos ha facilitado asesorías, evaluaciones, sugerencias oportunas, nos ha invitado a participar de sus propuestas y ha acogido nuestras solicitudes con diligencia e interés; de un modo especial los trámites de graduación y firma de títulos, en los que la muy cordial atención de la Esp. Debbie Méndez de Carrera, nuestra Secretaria General, ha cultivado unas relaciones de sincera amistad que han promovido la más eficaz y oportuna gestión administrativa. Por su parte, el Ministerio de Ciencia y Tecnología, nos ha distinguido con la participación en el desarrollo de sus agendas de promoción de la tecnología y la ciencia y nos han concedido financiamiento para proyectos de dotación y capacitación. Organismos como el Banco Central de Venezuela, el Tribunal Supremo de Justicia, las Alcaldías de Sucre y de Chacao, y otros han suscrito convenios de colaboración o han compartido actividades conjuntas.

Empresas y organizaciones profesionales también se han interesado por nuestra pequeña y joven universidad; con ellas hemos podido realizar eventos, programas de pasantías, y

algunas han contribuido con el plan de becas y otras donaciones: entre ellas cabrían destacar los aportes del Banco Mercantil, Fundación Empresas Polar, Alfonso Rivas y Cia., Seguros Nuevo Mundo, CANTV, Telefónica, y Fundación Blanca Álvarez. Un apoyo distintivo lo hemos recibido de las embajadas de numerosos países acreditados en nuestro país, a quienes nos hemos acercado en el interés por cultivar relaciones con otras culturas, y quienes nos han facilitado esa aproximación mediante exposiciones, documentos, charlas e invitados especiales. De un modo particular hemos estrechado vínculos con la comunidad hebrea en Venezuela, compartiendo actos muy emotivos, y hoy nos llena de alegría la graduación de una hija de ese pueblo, la primera que junto a su familia confió en que custodiaríamos su fe con el mismo celo y respeto con el que cuidamos la propia. Y habría que agregar la ya innumerable lista de invitados especiales que en conferencias, lecciones magistrales, seminarios, reuniones, y otros encuentros nos han ofrecido tan generosamente su saber y su calidez humana.

Conviene destacar al término de esta relación, la trayectoria del estilo de dirección que se ha seguido en la universidad: incoada ya en aquellos años de preparación, hemos optado por un gobierno colegiado, apartado de toda práctica personalista de poder, y con una escasa normativa: la consulta amplia, la confianza plena, el concurso de la docilidad oportuna, la responsabilidad compartida, la decisión prudente no por ello demorada, y esa disposición de buen querer que anima consustanciarse con el que oportunamente “hace cabeza” en la decisión para fortalecer su eficacia. En ello ha resultado ejemplar la conducta de nuestros decanos, Dr. Aristides Rengel Romberg y Arq. y Lic. Alicia Álamo Bartolomé, de larga y fecunda trayectoria profesional, que no por ello dejaron de avenirse con directivos a quienes aventajaban en años y experiencias, y otros más jóvenes como los MBA. Jesús A. Ortega, Enrique Fernández Escobar, Winston Peraza, los M. Sc. Résmil Chacón, Jimena Leizaola, Sandra Timaure, y Antonio Rodríguez Yturbe, de una lista que habría de incluir a Directores de Escuela, Secretarios y Coordinadores, algo extensa pero entre los que, aunque a modo ejemplar, conviene destacar, por su entrega especialmente generosa al Ab. Vicente Villavicencio, configurador audaz y diligente de la Escuela de Derecho, el MBA. Guillermo Fariñas de la Escuela de Ciencias Administrativas, y la Esp. Giovanna Nicolichia de Motta, siempre atenta y dispuesta a detectar y ayudar con los problemas personales y familiares, desde una decidida vocación de compromiso solidario.

Llegados aquí, no puede dejar de señalarse que la universidad mantiene el vigor de la creación, donde la consolidación de lo hecho no está reñida con la iniciativa de lo nuevo, y aunque hay mucho por hacer, desde el deporte hasta el himno, ya hemos introducido solicitudes de seis programas de postgrado y se avanzan otras dos, estamos preparados para el inicio de las carreras de ingeniería en cuanto proceda su aprobación, ya están muy avanzados los programas y estructura de la escuela de Economía y de una Facultad de Ciencias de la Salud, y comenzamos a preparar la de Humanidades. Y nos ilusiona poder adquirir pronto una sede propia y amplia donde acoger todas estas iniciativas. Y estamos promoviendo una participación creciente de nuestros profesores en programas de maestrías y doctorados, incluso en el extranjero, para asumir con prontitud el reto de la indispensable investigación, de la que son primicias prometedoras las que vienen avanzando el Dr. Juan Garrido Rovira sobre nuestra identidad republicana, y el Dr.

Fernando Cervigón Marcos sobre la singularidad de la cultura iberoamericana, en conjunto con los trabajos de grado de nuestros profesores en postgrado.

Sí, tenemos esperanza, confiamos en la eficacia de esta formación noblemente humana, en su dimensión profesional, que hará de nuestros egresados ciudadanos que sirven al progreso material de su comunidad; en su dimensión cultural, que hará que todos nosotros construyamos una convivencia de paz y justicia, donde el rico aporte de nuestra tradición se hace fecundo en la creatividad para inventar el mundo nuevo de cada generación; en su dimensión espiritual, que nos mantiene en la vida de ese amor que hemos recibido y al que estamos invitados a responder en libertad...

Antes de terminar, no quisiera desaprovechar la ocasión excepcional de este momento para pedir perdón, a todos aquellos que no se hayan sentido bien tratados en algún momento: quizás alguna palabra áspera, algún gesto destemplado, alguna equivocación, alguna desconsideración, alguna desconfianza, algún desprecio. Si para algo sirve este cargo es para asumir la responsabilidad plena por lo que se hizo mal, y a todos los que así se hayan sentido, yo quiero pedirles perdón, pues lo siento como culpa propia.

Ser el primero en suceder al Rector-Fundador, Dr. Pérez Olivares, seguramente será el mayor mérito profesional de mi vida con el pasar del tiempo, pero ahora es ocasión de humillación por el contraste tan notorio y evidente, por la incapacidad e inexperiencia, por las carencias tan acusadas de saberes y de amores, ... pero salvando el accidente de esta designación, quiero invitarle -a él y a todos ustedes- a contemplar la obra realizada, y en analogía remota, descubrir, como el Creador, que “era bueno”, que se ha hecho algo bueno. Que Él nos guarde en el bien, ahora y para siempre.

Muchas gracias.